

Capítulo IV

INTERPRETACIÓN ARQUEOLÓGICA DEL CONJUNTO DE LAS CUEVAS DE HERRERA

Descritas las cuevas de *Herrera* y previamente el entorno que las rodea hora es de interpretar los hechos recogidos que iluminados con el estudio del monacato y la religiosidad tardoantigua y altomedieval nos ayudarán a comprender este microcosmos herreriano paradigma de lo que sucedió en otros lugares de la Península.

Si hay salinas y hay explotación del hierro es más que probable que ambas industrias padecieran un abandono con los trastornos de comienzos del siglo V. Pero lo mismo que ha ocurrido en otros lugares la soledad y los restos de las antiguas explotaciones pudieron ser una tentación para personas que buscaban el alejamiento del mundo y hallaban allí estructuras de habitaciones ya construidas o excavadas en las que llevar a cabo su ideal o simplemente esconderse buscando la protección de los montes.

Y si en un principio tales estructuras fueron empleadas meramente como lugares de habitación, más tarde y una vez constituida la comunidad es altamente probable que con los cistercienses se recuperaran las viejas explotaciones dando una mayor rentabilidad al trabajo y más riqueza al monasterio.

Pensar en el origen de las cuevas de *Herrera* para ser empleadas como almacén de determinados productos como la sal y el mineral de hierro y derivados no sería absurdo, pero es difícil suponer que para un uso de esta índole la construcción hubiese sido tan majestuosa y espléndida.

Tampoco puede imaginarse que las cuevas pudieran ser restos de antiguas perforaciones en busca de minerales o metales pues en tal caso serían visibles las venas o filones. Hemos consultado con especialistas de la minería.

No cabe duda de que las cuevas no son una vivienda individual, dado su tamaño y su forma, ni tampoco la residencia de una unidad familiar por muy amplia que esta pudiera suponerse. Desde luego la impresión que dan es la de ser lugares de reunión y habitación de una colectividad.

La cueva de arriba, con sus naves de columnas alineadas, arcos y bóvedas, ábsides y absidiolos, circuitos que parecen procesionales y grafitis altamente significativos nos hacen creer que estamos ante un iglesia-monasterio, con espacios litúrgicos a cuya definición nos podemos aproximar reconociendo de antemano la dificultad de la tarea. Su magnitud nos permite imaginar un grupo humano numeroso que acudía

a las celebraciones religiosas y que en su mayor parte habitaba en la cueva de abajo y en otras próximas. Subrayamos la hipótesis de que también en la de arriba pudo vivir algún personaje del cenobio, como el líder y hombre santo que les dirigió inicialmente al valle de *Herrera* en la huida ante invasiones o persecuciones. Tanto el Santo en ciernes como sus seguidores procedían necesariamente de lugares cercanos, como *Bilibio*, por ejemplo, de donde procedía San Felices según la tradición.

Las cuevas que estudiamos tienen como las iglesias y monasterios una clara condición de palimpsestos donde se solapan las reformas y cambios necesarios que el tiempo y la época imponen. Sucede lo mismo con el caserío de los pueblos o incluso con las instituciones porque el principio de continuidad tiene mucha vigencia en la evolución de la Historia.

En el monasterio hoy camaldulense de *Herrera* apenas si hay rastro del edificio primero. La recreación gótica ha soportado los siglos mejor, mucho mejor, que la posterior e imponente obra renacentista y barroca.

Las cuevas ofrecen una imagen similar y han sido objeto de reformas y ampliaciones, particularmente la cueva de arriba. La de abajo parece que se abandonó o se descuidó probablemente a raíz de la llegada de los cistercienses. La de arriba, sin embargo, da la sensación de que fue utilizada incluso después de que los eremitas de las cuevas se integrasen en el nuevo monasterio, hipótesis que parece sostenible.

I. LA DISTRIBUCIÓN DEL CONJUNTO

Partiendo del supuesto muy conocido e indiscutible de que hombres y mujeres se reunían, pero separados con biombos o de alguna manera similar⁶², podría perfectamente entenderse, en relación con la cueva de arriba:

a) Que las personas entrasen por la misma puerta exterior o por una puerta diversa, pero una vez dentro avanzasen por caminos diversos: los hombres hacia el interior y las mujeres hacia la derecha, por la nave primera, amplia y muy clara, quedándose en ella.

⁶² Ver GONZÁLEZ BLANCO, A., FAULIN, GARCÍA, C., CINCA MARTÍNEZ, J. L., «La cueva de los Llanos», en *Los columbarios de La Rioja*, Antigüedad y Cristianismo XVI, 1999, pp. 133-148, en la que un simple biombo o simple cortina puede separar ambas naves de manera satisfactoria. Y GONZÁLEZ BLANCO, A. y PASCUAL MAYORAL, M. P., «El monasterio dúplice de Santa Lucía de Ocón», en la misma obra, pp. 249-258. En el valle del Cidacos hay algunas cuevas que tienen forma de Y y los dos brazos al separarse podrían ser indicio de un uso similar, así como también la hay en «Los Palomares» de Nalda: ver GONZÁLEZ BLANCO, A., «*Los columbarios de Nalda*». Cuadernos de Iregua.

b) Que la liturgia se celebrase en el susodicho ángulo principal muy notable por sus características arquitectónicas, como ya hemos indicado, y por su situación estratégica en el conjunto de la cueva, así como por su configuración que facilitaría mucho en el caso muy probable de que la liturgia que allí se celebrase fuera del rito mozárabe, muy influido por el bizantino, con la importancia grande que tendría el posible iconostasio de nivel inferior, en el mismo ángulo de la cueva. Se explicarían bien los espacios más ocultos y excavados a mayor profundidad al lado del ángulo y en su zona norte.

c) Que por razón de la distancia las naves de los hombres estén excavadas con desnivel para ver desde mayor altura.

II. LA AMPLIACIÓN DEL CONJUNTO

En el mismo plano se constata que en el cruce o unión de ambas naves, y precisamente para realzar más el conjunto, hay un espacio enriquecido arquitectónicamente con otras naves menores que no eran estrictamente necesarias para dar paso a los hombres hacia su nave de ubicación, sino que forman parte del espacio litúrgico que, en la hipótesis que defendemos tendría lugar en ese punto geográfico.

Habría que comenzar recordando con Luis Caballero⁶³ los problemas que subyacen a los espacios litúrgicos:

«Es evidente que los usuarios religiosos necesitaban unos espacios con unas características especiales predeterminadas y también parece cierto que existían grupos distintos de usuarios. Ahora bien estas necesidades tenían que entroncar con formas preexistentes (bien que existieran ya dentro de la Península o bien que fueran aportadas por movimientos foráneos y había que darles soluciones arquitectónicas concretas que a su vez continuaban técnicas tradicionales (tanto de trazado como de construcción), unas locales y otras más universales. Así en la materialización de estos edificios debían intervenir otras necesidades no estrictamente litúrgicas. Una idea del problema constructivo con que se habían enfrentado y de las soluciones que habían propuesto, está siempre subyaciendo a cada edificio. Había que realizar lo pensado y en esto intervenían métodos constructivos

⁶³ CABALLERO ZOREDA, L., «Arquitectura de culto cristiano y época visigótica en la Península Ibérica», *XXXIV Corso di cultura sull'arte ravennate e bizantina. Seminario Internazionale di Studi su «Archaeologia e Arte nella Spagna tardo romana, visigota e mozarabica»*, Ravenna, Edizioni del Girasole, 1987, pp. 31-84.

distintos, materiales y sistemas diversos. También ocurre lo mismo con una cierta idea, preconcebida, de carácter estético, aunque sea más difícil analizarla por tener, para su decodificación, menos indicios seguros. Todo ello, finalmente, provoca una red de relaciones compleja que probablemente tiene poco que ver con nuestros simplistas planteamientos tipológicos».

III. LOS USOS DE LOS ESPACIOS

Ni siquiera en los casos de iglesias construidas se puede determinar con precisión el uso a que se destinaban los espacios creados. Del tema se ha ocupado el mismo Luis Caballero en el artículo citado⁶⁴:

«No conocemos, pues, a través de las reglas, los lugares donde podían celebrarse estas reuniones. Sin embargo, algunos espacios eclesiales pudieron servir para ellas. Podemos partir de la idea de que los lugares para reunirse pudieron irse diferenciando de la propia iglesia, lugar de reunión por excelencia, de un modo paralelo a como se dio la diferenciación entre el rito propio de la misa y los oficios monásticos...»

«En otras iglesias visigodas encontramos otros espacios laterales que podemos considerar como paralelos a los de Melque y El Trampal. Todos están cerrados a los espacios específicamente eclesiásticos (nave de pie y crucero) pero se comunican con ellos a través de puertas. Nazaré sería el ejemplo más llamativo, como dijimos antes con sus habitaciones laterales ocupando el espacio que podría pensarse habrían de ser naves laterales. Quizás esta forma (nave lateral-habitación cerrada) esté documentando otro modo de crear lugares para reunirse a partir de la iglesia. Según ello podrían entenderse las aulas-naves de pie, en las iglesias con separación constructiva, como posibles lugares para reunirse y no sólo como lugares para asistir al rito de la misa. Según esta hipótesis, el mecanismo de separación serviría para algo más que para una separación cultural (coro) y estaría definiendo otras necesidades en la Iglesia. Habría que observar la planta del resto de iglesias con tres naves a los pies desde este punto de vista. La «degeneración» volumétrica de las naves laterales de «El Trampal» podría señalarnos un estadio evolutivo avanzado correspondiente a su pérdida de uso. Esta hipótesis refrendaría la sensación que dan las plantas de estos edificios, cuyos espacios sufren una «degeneración» sacral a medida que se alejan del santuario».

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 72-77.

Caballero no se ha ocupado del espacio en las cuevas-iglesia como sería la que aquí nos ocupa, pero la simple lectura de sus reflexiones sobre iglesias construidas nos permite imaginar lo mucho que para avanzar en el tema se puede sacar del estudio de las cuevas sagradas cristianas⁶⁵.

En el caso de nuestra cueva al pie de la actual camáldula de *Herrera*, hay que tener en cuenta primero las celebraciones litúrgicas, con sus procesiones, ya documentadas en el siglo IV para toda la Iglesia oriental y occidental, para las cuales los espacios creados por esas pseudonaves es particularmente apto; sino también de las reuniones culturales y espirituales de los monjes y monjas⁶⁶. No olvidemos que estamos en momentos en los que la vida monástica vive un período de intensa creación de formas de vida y espiritualidad.

Y no hay que olvidar que si en el Oriente, por razones variadas y con justificaciones igualmente variadas y más o menos válidas, podían emplear el recinto y espacio cultural de las iglesias para obtener el vino que luego se emplearía en la eucaristía (y también el que se empleaba para otros menesteres), la iglesia, que aquí interpretamos que es nuestra cueva, pudo emplearse para otras necesidades de la comunidad que la construyó.

IV. EL ASPECTO DECORATIVO

Un detalle que no podemos olvidar es la existencia de ábsides, arcos y columnas alineadas formando naves . Hay en particular uno muy monumental que remata la nave principal E / O.

Habría que profundizar en la evolución de la liturgia. El paso de la liturgia mozárabe (de orientación más oriental) a la liturgia cluniacense puede tener algo que ver con el tema. Y más tarde la generalización de las misas privadas.

No olvidemos que la vida monástica que aquí consideramos pudo perfectamente

⁶⁵ No solamente de las cuevas de *Capadocia* (*Turquía*) y de *Lalibela* (*Etiopía*) o de otras en la *Tebaida* egipcia o en los monasterios rupestres de *Palestina* o de otros lugares, sino también y muy especialmente de las cuevas de nuestra *Península Ibérica*, que han surgido para dar cobijo a personas que vivían de acuerdo con unas normas que hemos de estudiar mucho más en profundidad.

⁶⁶ Para reuniones privadas sabemos que se usaban espacios no necesariamente incluidos en las cuevas. Alguno de ellos hemos localizado en recintos muy pequeños excavados en la roca. Ver GONZÁLEZ BLANCO, A., «Monacato oriental, monacato occidental», en MONTERO FENOLLÓS, J. L., VIDAL PALOMINO, Jordi, MASÓ FERRER, Felip, (Eds.), *De la Estepa al Mediterráneo*. Actas del 1^{er} Congreso de Arqueología e Historia Antigua del Oriente Próximo Barcelona, Monografía Eridu 1, 2001, pp. 71-85.

haber surgido en el siglo V, pero es prácticamente seguro que siguió ininterrumpidamente al menos hasta la llegada de los cistercienses. Y los fenómenos a que aludimos aquí son en su mayor parte anteriores al año mil⁶⁷.

V. INTERPRETACIÓN DE LA CUEVA DE ABAJO

La cueva de abajo parece más bien residencial. Se han encontrado restos de cerámica pendientes de identificación. La multitud de entradas y salidas es otro indicador así como la existencia en la parte céntrica superior de la cueva de orificios con fines de ventilación e iluminación que no existen en la cueva más alta. La amplitud de la misma está en consonancia con la de la cueva superior; es decir, apta para albergar a un número importante de personas que como hemos dicho antes se acogerían al magisterio del abad. El estado ruinoso de esta cueva baja no permite de momento más observaciones que las detalladas anteriormente al tratar de su descripción hasta que eventuales trabajos arqueológicos despejen el terreno.

No podemos olvidarnos de un hecho fundamental y es que la cueva de abajo está justo encima de las viejas salinas. Es muy probable que los primeros constructores tuvieran relación con la explotación de la sal y del hierro en plena Antigüedad. En siglos posteriores fue reutilizada por quienes huían por diferentes motivos desde los valles poblados a lugares más cerrados y seguros.

Queda por último señalar que el cerro pequeño junto a esta cueva se asemeja a un altar que rememora tiempos visigóticos. No es descartable que tuviese funciones litúrgicas. El espacio entre la cueva y este cerro pudo ser utilizado por los habitantes de las cuevas que asistiesen a los actos religiosos sugeridos amén de darles una cierta comodidad y ofrecerles un lugar de encuentro.

Las otras dos cuevas pequeñas ubicadas en el mismo cerro del convento aparte de

⁶⁷ Tendríamos que recordar que la vista del abad galo Gotescalco al monasterio de *Albelda* se realiza en época mozárabe y cuando el famosísimo monasterio de *Albelda* era un lugar rupestre en su práctica totalidad. Sobre el monasterio de *Albelda* pueden consultarse los trabajos de J. CANTERA ORIVE, «*Un ilustre peregrino francés en Albelda (Logroño). Años 950-951*», en *Berceo* 9, 1948, 427-442; 10, 1949, 107-121; 11, 1949, 299-304; 12, 1949, 329-340; IDEM, «*El primer siglo del Monasterio de Albelda (Logroño). Años 924.1024*», *Berceo* 14, 1950, 13-23; 15, 1950, 313-326; 16, 1950, 509-521; 19, 1951, 175-186; 21, 1951, 531-541; 23, 1952, 293-308; 58, 1961, 81-96; 61, 1961, 437-448; 63, 1962, 201-206; 64, 1962, 327-342; 66, 1963, 7-20; 69, 1963, 377-386. Luego han ido apareciendo materiales de épocas anteriores todavía no suficientemente estudiados: ver GÓMEZ MARTÍNEZ, J. R., «Bibliografía periodística sobre Albelda» en ESPINOSA RUIZ, U., *Estudios de Bibliografía arqueológica riojana: prehistoria e Historia Antigua*, Logroño, IER, 1981, 265-266.

habitáculo pudieron ser atalayas de vigilancia para observar a las gentes que pudiesen venir por el valle del *Ebro* o proteger las aguas del arroyo.

VI. POSICIONAMIENTO DE LA CUEVA DE ABAJO SOBRE LA DE ARRIBA

La cueva de abajo está muy cerca de la grande de arriba que hemos descrito e interpretado. Hay dos cosas entre ambas: el camino y el desnivel que media entre ellas de más de cinco metros que hacen difícil pensar en una relación directa. Pertenecen a un mismo conjunto, pero son dos realidades distintas en muchos aspectos: funcional, cronológico, tipológico, etc.

Repetimos el plano de las cuevas grandes para apreciar la proximidad entre ambas, separadas por el camino.

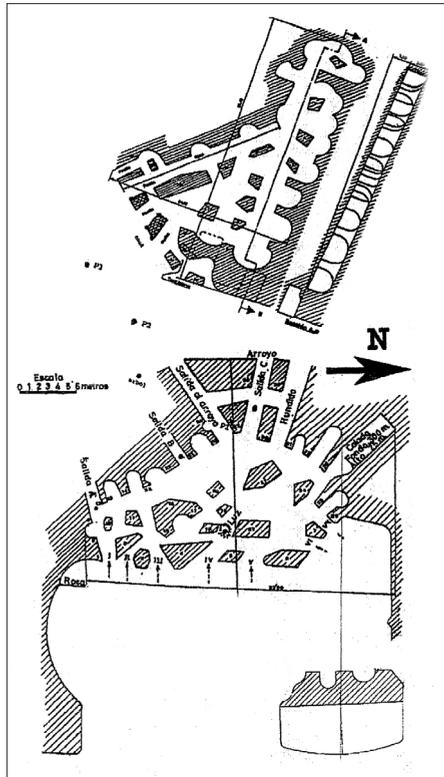


Lámina 12. Plano de las cuevas grandes junto al monasterio.